

El laberinto del pecado

La novela (impresa en Litos Reprotryck, Suecia, 1993) está ambientada en las poblaciones mineras de siglo XX, Llallagua y Cutavi. He intentado crear un personaje de carne y hueso que, aparte de ser el producto de un contexto social determinado, tuviese contradicciones en su propio fuero interno, pues ya los psicoanalistas nos han explicado que los hombres no son solo hechuras del medio social, sino también de instintos innatos. En consecuencia, en mi novela traté de describir el ambiente minero a partir de las experiencias personales del protagonista, quien no es el prototípico del paladín de las luchas sociales sino, ante todo, un hombre que tiene sueños, desventuras, amores, desamores, frustraciones y, en definitiva, todo lo concerniente a un personaje que está hecho del mismo material humano que nosotros.

(Víctor Montoya).



(Capítulo II) fragmento

En la clase de inglés, los viernes al mediodía, las voces se atropellaban como tintineos de metal. Los alumnos saludaban al unísono: "Good morning, Mrs. Montero". Pero la profesora Soledad Montero no contestaba. Escribía cuatro frases en el pizarrón y se sentaba. No soportaba la menstruación ni el olor a tabaco, por temor a las reminiscencias de un pasado que prefería conservar en el pozo oscuro de su memoria. No obstante, el mayor desacierto de su personalidad, hinchado por una suficiencia de un saber insuficiente, estribaba en que ni sus conocimientos de idiomas ni sus vijes a los Estados Unidos la habían estimulado a modificar sus ideales retrógradas y su odio declarado contra los adolescentes de actitud rebelde.

Los comedores deslenguados decían que Soledad Montero, a pesar de los traumas que acumuló desde su infancia, era la única mujer del pueblo capaz de hacer estragos entre los hombres, hasta aquél día funesto en que fue capturada por un maníaco de ojos brutalmente agresivos y barba montañesa, el cual, al no encontrar virgen a la novia con quien se iba a casar, se la llevó al hombre, atada de pies y manos, hasta una cueva lejana, donde vivía prófugo de la justicia, alimentándose con insectos, yerbas y langostas.

La noche que su raptor la devolvió a su casa, la cabellera desgreñada y el vientre abombado, la gente dijo que ya llevaba el diablo adentro, porque cuando nació su hijo, éste tenía dos cabezas perfectamente desarrolladas, dos columnas vertebrales en paralelo y las piernas juntas como alas de sirena. Los años transcurrieron y de la criatura no se supo nada; pues lo único que sobrevivió al tiempo, fue la fantasía de las mujeres más viejas que, echándose cruce y escupiendo tres veces al suelo, susurraban que los hijos defectuosos eran las criaturas del demonio, quienes poseían a las mujeres más hermosas antes o durante el embarazo.

El año en que Soledad Montero comenzó a trabajar en el colegio, pronunciando el inglés con tanto desparpajo que parecía su lengua materna, tenía ya las tetas caídas sobre los rollos de su vientre.

La tarde fue poniendo y pasó. Sonó la campana y el estrépito de voces se espació en el patio. Los alumnos corrían y chillaban, excepto Clarice, la hija del técnico fichado de comunista por la Empresa Minera Katal, quien seguía los movimientos de Manuel Ventura a través de la ventana. Pero cuando ya de acecharlo se escondidos, se precipitó al patio hasta abordarle por la espalda y esculardarle de cerca, casi enciñándole en el rostro.

—¿Qué quieres? —dijo él, asombrado.

—Saber si irás o no a la piscina —dijo ella.

—Quizás —contestó.

Clarice giró sobre la punta de sus zapatos y se alejó bajo el sol implacable de la tarde. Manuel Ventura, sintiéndose atraído por la misteriosa masculinidad de Clarice, prosiguió: "Es distinta a las demás. Nunca sale de los puntalones vaqueros ni de los zapatos con cordones, y lo más extraño es que Paloma Linares, la marimacho, es su única amiga".

Los alumnos salieron del colegio como perros azuzados, rumbo al pie de un volcán apagado, donde estaban los baños termales de Kutari.

En los camininos se sacudían las ropas polvorrientas y se lanzaron al agua. Manuel Ventura se zambulló y se acercó a Clarice, quien se deslizaba en la profundidad trazando una estela veloz, como si llevara membranas norteamericanas en los dedos. Después salió a flote, buscó aire y volvió a zambullirse, imaginándose en la ducha el cuerpo desnudo y los cebollas peinados en un moño, al chorro de agua estallando contra su cabeza, esparciéndose vertiginosamente sobre los hombres, abriéndose paso por la hendidura de los senos y escurríandose por debajo de los pies con sonoridad de gato.

Cuando Clarice emergió de la piscina, subió al trampolín con agilidad felina. Se ajustó el traje de baño, se paró de puntillas, alisó los senos en el aire y se lanzó haciendo piruetas, mientras Manuel Ventura la contemplaba celoso de los ojos que la vestían y desvestían, y del agua que la bañaba y neviraba.

Al cabo de un tiempo se escuchó el silbido del profesor de gimnasia, y todos abandonaron la piscina en desbandada.

Delante de los camarines, bajo un cielo que hacia lucir los nubelos del jardín, estaba Clarice, los ojos puestos en un hombre grupo de forma animal, que tenía la barba de carbón, los ojos verdes como esmeraldas y el torso lleno de músculos que parecían nudos entrelazados en su piel. De repente, impulsado por una curiosidad hipnótica, decidió atravesar el caminín de los varones, de cuyo interior escapaba un penetrante olor a mortecos podridos. Su mirada atravesó las columnas del pórtico y tropezó con las espaldas de Manuel Ventura, quien, al voltearse con las manos en la nuca, dejó al descubierto la monstruosidad que lo aquejaba. Entonces Clarice, temiendo por primera vez delante suyo la virilidad desafinada del hombre que ombregaba a toda fuerza, no supo si bajar o subir la mirada, puesto que la visión del pene, un órgano grueso y macizo como porra, le causó una impresión que la hizo proyectar como si un oleaje de sangre le golpeara en la cara.

Se retiró. Se arrojó sobre los hombres de Paloma Linares. Balbuceó y, a poco de volver a dominar el ritmo de su corazón, dijo:

—Es un fenómeno, Paloma...

—¿Cómo dices?

—Manuel es un fenómeno —reiteró asaltada por una sensación de miedo que se le metió en el cuerpo, erizando-lo. Tiene un enorme animal colgado entre las piernas y una cicatriz horrible en...

Paloma Linares pensó un instante cómo de grande sería, y dijo:

—¡Como la del enano que vimos en la revista *Sucesos*, con una verga enroscada como cola entre las piernas!

—No tan larga —dijo Clarice—, pero sí más gorda.

—Algo bueno tenía que tener el retraido, no en vano se le hace un bulto contundente en la bragueta.

De cualquier modo, lo abundante en Manuel Ventura colmó en Clarice los deseos de ser poseída algún día.

Al declinar la tarde, Manuel Ventura llegó a su casa. Empujó la puerta y cortó la conversación entre la empleada y su madre. Arrojó el maletín sobre la mesa y saludó con voz

de hilo. Las mujeres no contestaron, continuaron hablando, aunque en un tono más bajo que antes.

Manuel Ventura quedó resignado. Cruzó el comedor de un extremo a otro, como si midiera la distancia con sus pasos. Entró en el dormitorio de sus padres y ellas volvieron a elevar el tono de la voz.

—Este será tu cuarto —dijo doña Inmaculada, enseñándole el dormitorio de Manuel Ventura. —Aquí te quedarás mientras se cumpla tu contrato.

—Pero... , este es el cuarto de su hijo, señora.

No importa —ensfatizó doña Inmaculada—. Manuel es un muchacho inocensivo. Además, tu tendrás tu propia cama y la suya.

La empleada calló, pero pensó que entre un hombre y una mujer, recluidos en un mismo cuarto, hay siempre algo en peligro.

Esta resolución hizo que Manuel Ventura volviera a salir de su casa y, entre la duda y la angustia, se refugió en La Colmena. Estando allí, en medio de la música que le zumbaba en los oídos pidió un café y se sentó cerca de la puerta, por la cual cruzaban siluetas envueltas en silencio, como rayitas de luz proyectadas en las tinieblas.

Cuando abandonó el café y salió a la calle, se cruzó con Agapito, el leproso de las orejas plegadas y la nariz leonina, que por las noches caminaba con una campanilla colgada al cuello, para que los peatones le abrieran el paso y le hicieran una venia con la cabeza, pues preferían darle el saludo que darle la mano. Sin embargo, Manuel Ventura, lejos de concebir la lepra como una enfermedad malida de antecedentes bíblicos y resonancias medievales, lo ayudaba siempre que podía, ignorando el fuerte olor a sulfuro que desprendía, porque sabía que Agapito estaba muriéndose de a poco, desde el día en que se le cayeron los dientes como maíces de maíz y se le robaron los dedos uno a uno, dejándole las manos y los pies convertidos en muñones.

A lo lejos, el aullido de un perro rompió sueños profundos y rugió el león oscuro del ancho cielo.

Manuel Ventura abrió la puerta evitando despertar a sus padres. Se deslizó de puntillas, las manos apoyadas en la pared, y alcanzó el umbral de su cuarto, donde entrevió un bulto extraño que yacía al pie de la cama de patas cortas y tiradores de bronce. Encendió la lámpara y un relámpago de luz crepitó en sus ojos. Al salir de la oscuridad, se enfrentó a una mujer que dormía con las trenzas apretadas contra el pecho, a poco de haber recordado su vida en el campo, lejos de las minas y cerca de los valles, donde sus padres quedaron todavía labrando la tierra con yugos y bueyes, desde el triunfo de la revolución nacionalista que acabó con el latifundio y devolvió la tierra a los campesinos.

Víctor Montoya. Escritor boliviano
Reside en Suecia desde 1977.

